El guerrillero

Svetlana Alexiévich

(1939-)

Fragmento de un testimonio de ***Valentina Pávlovna Chudaeva****, sargento, comandante en una unidad de artillería (en el bando soviético durante la Segunda Guerra Mundial).*

«A los dieciocho o a los veinte nos marchamos al frente, volvimos a los veinte o a los veinticuatro. Primero vivimos alegría, después miedo:

Impreso en Bogotá

no nos habíamos quitado el pantalón. ¿Me atrevería a confesar que me habían herido, que tenía lesiones? Si lo reconoces, después nadie quiere darte trabajo, nadie quiere casarse contigo. Nos lo teníamos callado. No le confesábamos a nadie que habíamos combatido. Como

mucho, manteníamos contacto entre nosotras, nos intercambiábamos cartas. Transcurrieron por lo menos unos treinta años hasta que empezaron a rendirnos honores… A invitarnos a dar ponencias… Al principio nos escondíamos, ni siquiera enseñábamos nues-

parte un trato similar. Durante la retirada a veces nos tumbábamos para descansar, directamente en el suelo, y ellos nos daban los capotes y se quedaban en mangas de camisa: "Hay que tapar a las chicas… A las chiquillas…". Si encontraban un trozo de gasa, de algodón, siempre nos

lo ofrecían: "quédatelo, te puede servir…". Compartían con nosotras la última galleta. En ellos no veíamos otra cosa que bondad y calor humano. ¿Qué pasó después de la guerra? Me callo… Me callo… ¿Qué nos impide recordar? Será la intolerancia a los recuerdos…

nada. Te lo digo… Un día mi marido volvió del trabajo: "Vamos, por la calle he visto un sofá viejo…". Fuimos a buscar ese sofá, fuimos de noche, para que nadie nos viera. ¡Qué alegría nos dio ese sofá!

»Sin embargo, éramos felices. ¡De pronto hice tantas amigas! Eran tiem-

pos difíciles, pero no nos desanimábamos. Pasábamos por la tienda con nuestras cartillas de racionamiento y en seguida intercambiábamos llamadas: "Me han dado azúcar, vente a tomar el té". No teníamos nada encima, ni nada debajo, nadie poseía cosas valiosas, alfombras,

¿qué haremos cuando seamos civiles? Miedo a la vida de paz… Mis amigas habían acabado sus estudios pero, ¿qué éramos nosotras? Unas inadaptadas que no tenían ningún oficio. Lo único que sabíamos hacer era la guerra, el único oficio que dominábamos era la guerra. ¡Qué ganas teníamos

de deshacernos de la dichosa guerra! Rápidamente me arreglé el capote, que me sirvió para confeccionarme un abrigo, y le cambié los botones. Vendí las botas militares en un mercadillo y me compré unos zapatos. Me puse un vestido y me bañé en lágrimas. No me reconocía en el espejo, en cuatro años

tras condecoraciones. Los hombres se las ponían, las mujeres no. Los hombres eran los vencedores, los héroes; lo novios habían hecho la guerra, pero a nosotras nos miraban con otros ojos. De un modo muy diferente… Nos arrebataron la Victoria, ¿sabes? Discretamente nos

la cambiaron por la simple felicidad femenina. No compartieron la victoria con nosotras. Era injusto… Incomprensible… Porque en el frente el trato que nos habían dado los hombres era formidable, siempre nos protegían. En la vida normal nunca he vuelto a ver por su

»Mi marido y yo nos mudamos a Minsk. No teníamos nada: ni una sábana, ni una taza, ni un tenedor… Dos capotes y dos camisas militares. Encontramos un mapa, un mapa de buena calidad, con una base de tejido de algodón. Lo remojamos… Era un mapa grande… Aquella fue nuestra

primera sábana. Más tarde, cuando nació nuestra hija, la utilizamos para hacer pañales. Sí, un mapa… Lo recuerdo bien: un mapamundi político… La maleta de chapa de madera con la que mi marido regresó del frente nos sirvió de cuna. En nuestra casa, aparte del amor, no había

cristalería… Nada… Y éramos felices. Felices porque estábamos vivos. Hablábamos, nos reíamos. Paseábamos por la calle… Yo no paraba de admirar todo lo que veía, aunque había poco que admirar: piedras quebrantadas, incluso los árboles estaban mutilados. El amor

fue lo que nos arropó. Necesitábamos compañía, todos nosotros sentíamos mucha necesidad de calor humano. Con el tiempo, claro, cada uno se encerró en su casa, con su familia, pero en aquella época formábamos una piña. Codo con codo, como en las trincheras…».